

Hacia el futuro: ética, política y derechos humanos*

José Comblin,
Bayeux, Brasil.

Introducción

El título de la exposición que me pedían decía "Ética, política y derechos humanos bajo el neoliberalismo: caminos hacia el futuro". Sin embargo, desde el 20 de septiembre de 2002 la situación ha cambiado. La administración norteamericana publicó un documento definiendo la nueva estrategia nacional de seguridad de Estados Unidos. Este documento marca el inicio oficial del imperio americano.

1. El imperio americano

Hace un siglo que Estados Unidos estaba caminando hacia ello. Desde Theodor Roosevelt, quería ser potencia imperial, el único imperio mundial, que sería necesariamente un imperio moral y justo, porque sería un imperio americano y no un imperio dominador como los anteriores. Es claro que ahora ellos se atribuyen el derecho de guerra preventiva, en cualquier lugar del mundo. Basta para ello que sientan una amenaza. Estados Unidos asume, pues, la soberanía sobre el mundo entero. Sus fuerzas armadas serán la policía del mundo.

La adopción oficial del concepto de guerra preventiva cambia el sentido de la política. En adelante hay una sola nación soberana, y la política de las demás naciones está sometida al acuerdo con Estados Unidos. El derecho internacional está subordinado al acuerdo con los objetivos de la estrategia norteamericana. En Europa, sólo resisten todavía Francia y Alemania. Los demás países han recibido –con aclamaciones– su nuevo estatuto de colonia norteamericana. Po-

* Versión resumida de una intervención, en el marco del encuentro organizado por Somos Iglesia-Chile, realizado en Santiago, el 22 de noviembre de 2002.

demos imaginar que los gobiernos latinoamericanos aclamarán también con delirio su nuevo *status* de colonia. Después de 200 años de semi-independencia, vuelven a lo que eran antes. La integración en el ALCA será la consecuencia económica del nuevo estatuto político. Podemos prever que, poco a poco, las normas éticas y políticas de Estados Unidos serán introducidas en todo el imperio. Por ejemplo, los americanos han establecido la tortura para todos los sospechosos de "terrorismo". La practican en Guantánamo. También la aceptan en Israel, donde la tortura es reconocida como lícita por la misma Constitución.

Todas las convenciones internacionales sobre las reglas de los conflictos armados pierden su valor, porque todo está subordinado a las exigencias de la seguridad de Estados Unidos. Estados Unidos no acepta ninguna obligación resultante de un tratado internacional. Además, ya no hay más tratados internacionales. Hay disposiciones enviadas por Estados Unidos a los estados vasallos, Naciones Unidas, que ya tenía poco poder, ahora ya no es nada más que una representación teatral.

Cualquier acción que pueda perjudicar el dominio norteamericano puede ser acusada de terrorismo. Por ejemplo, nadie duda de que la actual política de guerra preventiva contra Iraq no tiene nada que ver con Saddam Hussein. El problema es el petróleo del que Iraq tiene las mayores reservas del mundo junto con Arabia Saudita. Estados Unidos quiere tener él solo el control de ese petróleo. Instalará un protectorado americano en Iraq con un gobierno ficticio, que no gobierna nada, como en Afganistán, pero con ocupación militar permanente del país para controlar el petróleo. El que se opone a esa política del petróleo es un terrorista. Las armas químicas y biológicas de Iraq han sido entregadas por el mismo Estados Unidos, que no reaccionó para nada cuando Saddam Hussein las usó contra los kurdos.

Israel tiene las mismas armas, pero no suscita ninguna preocupación. El hecho de que el mismo Estados Unidos sea el gran productor de tales armas, por supuesto, no suscita ningún problema ético. Están en buenas manos y Estados Unidos las entregará a sus amigos. Con el peligro de que el amigo de hoy puede ser el enemigo de mañana.

2. La criminalidad en los negocios

En 2001, la opinión mundial quedó espantada al conocerse los gigantescos escándalos en los mayores emporios económicos de Estados Unidos. Se habló de la caída de los ídolos. Sucesivamente, tuvieron lugar los escándalos de *Enron*, *Dynegy*, *WorldCom*, *Imclone*, *Qwets*, *Rite Aid*, *Tyco*, *Adelphia*, *Xerox*, *Merck*. En Francia, la caída de *Messier*, el gran patrón de *Vivendi*, va en el mismo sentido. Los ídolos del gran negocio han caído. La corrupción y la criminalidad están dentro de las grandes corporaciones del capitalismo mundial. Estos gigantes de la economía se revelaron ladrones, fraudulentos, corrup-

tores y corruptos. También aparecieron sus conexiones con personalidades políticas importantes, tal como el actual vicepresidente de Estados Unidos. Actualmente nadie presta atención a la corrupción de los dirigentes. Esto pertenece ya a la rutina de la vida. ¿Habrá remedio para esta situación? El remedio obvio parecería ser el Estado con su poder legislativo, ejecutivo y judicial.

Por lo que toca al poder legislativo, hay que reconocer que, en muchos países, elabora constituciones de alto nivel moral, en las que todos los derechos son afirmados enfáticamente. De Chile no hablamos, porque todavía no se ha concedido el derecho de darse una constitución. En Chile todavía no existe la soberanía popular. Es todavía un Estado autoritario, dirigido por una casta militar, que mantiene una Constitución dictada por ella. Todavía no hay democracia en Chile, pero hay señales de que el país puede caminar en ese sentido. Y es que el hecho de elegir al presidente no basta para tener una democracia, si no hay el derecho a hacer una Constitución. De todos modos, aunque la Constitución sea excelente, carece de valor mientras, los modos de su aplicación no estén bien regulados por leyes. Cuando una aplicación no le conviene a las clases dirigentes y a los grupos económicos dominantes, no se hace la tal ley.

Por lo que toca al poder ejecutivo, la fuerza de un Estado se mide por su capacidad para obligar a los ricos a pagar sus impuestos. En Brasil eso es tan imposible que la administración ni lo piensa. Tienen miedo a perder sus puestos, si intentan incomodar a los ricos. Todavía falta un Richelieu, que en la Francia del siglo XVII obligó a los grandes del reino a bajar la cabeza y someterse a las leyes. Desgraciadamente, el sistema representativo del congreso sirve, antes que nada, para impedir que el gobierno pueda tomar medidas para forzar a los grandes.

El poder ejecutivo es el poder de aplicar las decisiones tomadas por el Fondo Monetario Internacional o los grupos económicos dominantes del país. Los funcionarios emplean su tiempo tratando de elaborar discursos justificativos, y los ministros están encargados de explicar a la opinión pública que el gobierno hace lo contrario de lo que hace en la realidad. Para ello se necesita mucha inteligencia, pero no faltan personas inteligentes para colaborar. Para eso existen las universidades. Está claro que el problema básico es el problema del Estado. Para que sea un Estado de derecho no basta que funcione aplicando reglas formales, aparentemente de derecho. Se necesita que sea un Estado capaz de imponer el derecho a los poderosos.

Además, muchas veces los dirigentes políticos han trabajado al servicio de un gran emporio económico y son poco menos que los representantes de las fuerzas económicas en el gobierno. Un Estado de derecho sería un Estado capaz de luchar contra la corrupción de la policía, de las fuerzas armadas, de la administración que permite que el tráfico de drogas pueda mantenerse con toda tranquilidad —o el tráfico de armas, de mujeres, de niños, la deforestación

ilegal, la venta de productos ilegales. Y todas estas cosas ocurren porque los representantes del Estado se dejan comprar.

3. La crisis de la concepción liberal de la sociedad

La mayoría de las nuevas naciones latinoamericanas se han dado instituciones inspiradas en el modelo liberal, lanzado por la revolución francesa. En primer lugar, se han dado constituciones que han definido los principios formales que idealmente debían orientar la nueva sociedad. Estos principios eran un resumen de la ideología del iluminismo del siglo XVIII. El modelo de sociedad propuesto era un modelo esencialmente laico y democrático, que reemplazaba a la sociedad dominada por las dos clases superiores, el clero y la nobleza.

La nueva sociedad liberal estaba fundada sobre tres pilares: libertad, igualdad, propiedad. Los tres pilares se justificaban por razones teóricas, eran la secularización de los pilares del cristianismo. Sin embargo, los fundadores de la nueva sociedad liberal no percibían claramente la ambigüedad de sus principios. Proclamaban la libertad, pero lo que querían era suprimir la dominación del clero y de la aristocracia, que en América era la administración colonial, en nombre del rey. Lo lograron. Pero en su mente la nueva libertad se dirigía a los burgueses. Era la libertad de la burguesía. Ni siquiera pensaban en la libertad de los esclavos negros, ni de las mujeres, ni de los campesinos sin tierra, ni del proletariado naciente, en las manufacturas y las fábricas.

Más tarde apareció el conflicto entre los intereses de la burguesía y los principios que proclamaban. Poco a poco tuvieron que extender ciertos derechos de libertad a los sectores dominados: los esclavos, las mujeres, los campesinos, los proletarios. Esto fue posible por la fuerte acción de movimientos sociales. Hoy en día, la crisis proviene del debilitamiento de los movimientos populares, que han perdido la capacidad de lucha y reivindicación. La burguesía ya no teme a las clases sociales inferiores. Ha adquirido un poder total en la sociedad.

La libertad subsiste ahora en su versión burguesa radicalizada. La libertad es la autonomía de las grandes empresas, que les permite ganar siempre más dinero, sin asumir la responsabilidad de las clases inferiores. La libertad es la libertad de ganar dinero sin límite, por todos los medios. Las otras formas de libertad son amenaza al orden social, terrorismo. La burguesía se aísla. En Brasil, el 1 por ciento de la población dispone de más del 50 por ciento de los bienes de la nación. Para ellos, la libertad es la defensa de sus bienes.

La igualdad era la supresión de los privilegios, de las inmunidades del clero y de la nobleza. Antes, el peso de los impuestos oprimía a la clase burguesa, que no soportaba que clases no productivas como el clero y la nobleza monopolizaran gran parte de la riqueza del país. Nunca pensaron en una igualdad

con sus campesinos, sus empleados, sus obreros. Era la igualdad de los burgueses con el clero y la nobleza. Cuando se alzaron los movimientos populares, los burgueses tuvieron que hacer algunas concesiones y los trabajadores conquistaron algunos derechos sociales. Para la burguesía, cada ventaja dada a los trabajadores era una herida infligida a ellos.

El tercer principio era la defensa de la propiedad. Con ello, los burgueses querían defenderse contra las arbitrariedades de los reyes, la codicia del clero y de la nobleza. No querían trabajar para mantener clases ociosas con su trabajo. Pero hoy día, la burguesía ha acumulado una riqueza tal que la desigualdad es más evidente que nunca.

El principio de propiedad privada sirvió para constituir grupos financieros que logran manipular las desorbitadas sumas de dinero del que no son propietarios, pero sí beneficiarios, porque usan el poder que le da el manejo de tantas riquezas. La propiedad ha servido para formar una clase de manipuladores de los capitales, especuladores que monopolizan todos los poderes y logran la sumisión de los estados. La defensa de la propiedad podría ser un fermento de desorden, si se convierte en un movimiento para difundir la propiedad. Sería una amenaza para los gigantes de las finanzas. Como paradoja, la nueva burguesía es también una clase social que no produce nada, una nueva aristocracia que gana especulando con el dinero de otros. Los ricos de hoy son ellos.

Desde el momento que perciben un peligro en las fuerzas populares, abandonan todos sus principios liberales y piden una intervención de las fuerzas armadas para constituir un gobierno burgués autoritario. Es lo que se ha visto y lo que se verá más veces en adelante, porque la burguesía se ha hecho todavía más fuerte que en 1973. Habrá nuevos golpes militares, no tengamos ninguna duda, porque la burguesía lo decidirá así. Dada la situación, hay una crisis generalizada de la teoría liberal, o sea, de la teoría de los derechos humanos, proclamados en forma universal, general, abstracta. Habrá nuevos movimientos revolucionarios violentos, cuando las clases bajas se den cuenta que la democracia siempre juega en contra de ellas. Todavía tienen malos recuerdos de las tentativas del pasado. Pero esto se olvida, se idealiza, y de nuevo reaparece la esperanza de una posibilidad de destruir el poder de las burguesías.

Podemos preguntarnos si la ideología del siglo XVIII, el cristianismo secularizado y laico, todavía tiene fuerza suficiente para educar una sociedad en el respeto a los derechos universales de 1791 o de 1948. La ideología que se enseña de hecho en las escuelas, ¿tendrá fuerza suficiente para valorar los derechos humanos a los ojos de la juventud? Se puede dudar. Lo que los jóvenes tienen ante los ojos, es que los dueños del mundo no los respetan y que, al final, las víctimas son siempre las mismas. La evolución de la sociedad burguesa no se orienta en ese sentido. La ideología abstracta de los derechos humanos ya no tiene fuerza. La democracia se mantiene como fachada, pero la sociedad

ya no cree en ella, por lo menos en los países desarrollados y en las burguesías latinoamericanas. La usan como argumento para refutar las reivindicaciones de los pocos movimientos populares que todavía existen, pero no tienen ninguna intención de sacrificar algo de sus fortunas para favorecer la democracia.

Si el cristianismo secularizado fracasó, como había constatado el fracaso de las Iglesias cristianas, ¿qué pensar del porvenir del cristianismo renovado? ¿Puede tener una oportunidad? ¿Puede influir en la evolución de la sociedad?

4. La crisis del pensamiento

Con el advenimiento del neoliberalismo se impuso el pensamiento único. Hay una ortodoxia financiera, económica y política definida en Washington, no por una sola institución, sino por el conjunto institucional que gobierna Estados Unidos. No hay ninguna ley que imponga el pensamiento único, pero hay una censura implícita, que es implacable. El que no piensa según el pensamiento único, está excluido, reducido al aislamiento. Nadie lo escucha y no tiene acceso a los medios de comunicación. No existe libertad de información, de prensa o de pensamiento. Todo eso es ilusión que nos viene del pensamiento liberal idealista de la época anterior. Este pensamiento único consiste en no pensar. Hay una versión oficial de toda la realidad, que no se discute. En realidad, está prohibido pensar. De ahí, la inflación de discursos para no decir nada.

El discurso sigue las modas. El discurso oficial coopta y recupera todos los temas que van apareciendo. Por ejemplo, la opción por los pobres es ahora el discurso, de los grandes banqueros o del grupo de los 7+1. Siempre que aparece un tema nuevo, es cooptado y recuperado. De esta manera, todo discurso queda vacío de contenido.

El pensamiento único suprime el valor de todas las palabras. Todas entran en un discurso, cuya finalidad es no decir nada. Por eso, todos dicen lo mismo. Gracias a Internet, todos pueden conocer el mismo pensamiento único, repetido todo el día. Aprenden a no pensar. Todos los discursos quieren agradar al público manipulado por la publicidad. Un político, un economista o cualquier persona que habla por la televisión, trata de agradar. Por eso, trata de no decir nada, porque cualquier palabra puede desagradar a algunos. Por eso, los discursos políticos no dicen nada. Todos ocultan sus intenciones para evitar perder algo de publicidad. Es la mentira organizada científicamente, a partir de las normas de la publicidad.

En otros tiempos, las personas mentían por maldad. Ahora ya no hay más maldad. No hay nada más que sumisión a las normas de la publicidad, que obligan a decir lo que agrada, aunque el mismo que habla ni siquiera entienda lo que dice. Esto es lo que menos importa. Lo único que importa es que lo diga según las reglas del *marketing*.

5. El cristianismo y los derechos humanos

¿Qué se puede esperar de los cristianos, en particular de los católicos? Hay que reconocer que, en Chile, la mayoría de los católicos no tiene idea de lo que está sucediendo. En el gueto de sus parroquias, todavía creen que su país es un país católico, que todo anda bastante bien, que hay paz social, que hay orden y justicia, que la democracia funciona y que, en el fondo, no hay ningún problema serio. Todavía creen que la antigua cristiandad subsiste. Creen que los problemas de los derechos humanos pertenecen al pasado, y que el presente camina muy bien. En la clase burguesa, se han convertido al neoliberalismo que nadie se atreve a contestar. El modelo chileno neoliberal es algo intocable, tabú. Ningún católico puede discutirlo.

En segundo lugar, el Vaticano practica una política ambigua. En los últimos años, el Papa se muestra alarmado por los desastres producidos por el modelo neoliberal, en el mundo, particularmente en su Polonia, pero la curia no transmite esa preocupación. La curia trata de tener buenas relaciones con el sistema neoliberal vigente. Sus movimientos *Opus Dei*, *Communione e Liberazione* y otros están asociados íntimamente a la burguesía neoliberal. Ante la opinión pública, la Iglesia acepta el modelo dominante, aunque algunos en ella se quejen con amargura. Pero esto se explica porque son personas malhumoradas.

Hay una minoría que permanece fiel a los compromisos de los años 60 y 70, pero es una pequeña minoría. Muchos de esa generación han quemado su pasado y se han adherido al nuevo modelo. Los derechos humanos pertenecen a los viejos muebles ideológicos, que se invocan en los días de los grandes discursos, pero no tienen vigencia en la vida seria. Hay una minoría que permanece fiel, pero las perspectivas no son buenas, a corto plazo.

Han vuelto a una teología sin color, sin sabor, sin olor, una teología que no entra en la vida de los hombres y que les ofrece una ideología abstracta que deja a todos indiferentes. Esta teología no tiene ningún influjo en la sociedad. La teología de la liberación no se ha desarrollado porque ha sido condenada y los episcopados han aceptado, en general, las condenaciones romanas.

Entonces, tenemos una teología perfecta a los ojos de la administración romana, pero que no dice nada a nadie. La gente busca la solución a sus problemas no en la teología cristiana, sino en los libros de auto-ayuda, bien-estar, recetas psicológicas, o en las obras de Paulo Coelho.

Desgraciadamente ésta es la situación de la Iglesia católica, y no parece que las otras iglesias estén en una situación mucho mejor. Si queremos conocer el mensaje cristiano para hoy, no lo encontraremos en las prédicas de la Iglesia, en las que los clérigos se cansan, tratando de defenderse, tratando de mostrar que no son tan malos. No son malos, es peor, son irrelevantes. Si fueran malos, suscitarían reacciones. Como no son ni malos, ni buenos, solo suscitan el sue-

ño. El mensaje cristiano se encuentra en el mismo evangelio y en la tradición evangélica dentro de la Iglesia y a veces fuera de ella.

El cristianismo no parte de un concepto abstracto, general y universal del ser humano. Parte de la realidad vivida de todos los días. La realidad concreta no muestra a todos los hombres iguales, libres y propietarios. Ya antes de nacer, son desiguales porque, desde su madre, tienen o no tienen buena salud, buenos alimentos, buenas condiciones de vida. Cuando nace, el recién nacido descubre en seguida que sus papás levantan la cabeza o inclinan la cabeza. Aprende a hacer lo mismo. En realidad, la humanidad está dividida entre opresores y oprimidos. La Biblia entera es un comentario de esta posición básica. Su mensaje es un mensaje de liberación de los oprimidos. La historia humana es la historia de la lucha por el reino de Dios contra el reino del mal.

Los derechos humanos son los derechos de los pobres. Lo que los poderosos llaman sus derechos, son sus privilegios y la legitimación de la dominación que ejercen. Los derechos de los pobres no existen al principio. Tendrán que ser conquistados, en una lucha sin tregua, que comenzó con Abel y dura hasta hoy. El mensaje cristiano es un mensaje de esperanza. Es un mensaje de lucha no violenta, no mentirosa, basada en la verdad. La verdad es que Dios ha venido, viene a este mundo para defender y promover a los oprimidos y humillados. ¿En qué consiste la política? Está claramente definida en la Biblia. Tomemos el Salmo 72 sobre el papel del rey. Como rey su papel consiste en salvar a los pobres, salvar a los indigentes y aplastar a los opresores. El rey tiene compasión del sufrimiento del pobre, de la víctima y lo salva de la miseria, de la violencia (Sal 72, 2-14). Si se quiere mantener a todos iguales, será caer en la ilusión. Los ricos saben aprovecharse de las leyes y de todos los principios abstractos. Tratan claramente de usar como programa la defensa de los pobres, de los débiles y de los oprimidos sin defensa.

¿En dónde encontraremos tales dirigentes? De hecho no es fácil, pero sería el único programa válido. Ya hubo y todavía hay hombres y mujeres excepcionales, que aplican este programa. No se trata de discursos: hoy día todos los discursos dicen que quieren salvar a los pobres. Los más edificantes son los discursos de los representantes del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de la Organización Mundial del Comercio, de las grandes multinacionales y los grandes bancos del mundo. Saben hablar de los pobres con lágrimas en los ojos como si toda su vida fuera una vida sacrificada a los pobres. Al mismo tiempo, imponen una política que aumenta el número de los pobres y los excluyen siempre más de la sociedad oficial.

No nos hacemos la ilusión de que basta con invocar la declaración universal de los derechos humanos. Esta declaración vale en el papel, pero no vale fuera del papel. Cada derecho es objeto de una larga lucha. Hay adelantos, pero también retrocesos. Después de las dictaduras militares de los años 70 hubo un

cierto retroceso de la tortura. Hoy día reaparece, bajo el patrocinio de la mayor potencia del mundo. Habrá que recomenzar toda la lucha.

En principio hay libertad de prensa y de publicación. Pero casi todas las noticias que circulan en el mundo proceden de dos o tres agencias norteamericanas, que el resto del mundo repite. Estas noticias divulgan la ideología del imperio. A veces pueden decir algo de verdad, pero muchas más veces sirven para encubrir lo que realmente sucedió. El caso más evidente fue el reportaje de la guerra de la *NATO* contra Serbia: las noticias fueron o inventadas o deformadas sistemáticamente porque se quería justificar todo lo que hacían las tropas del la *NATO*. En realidad, hay libertad de prensa para los vencedores, que son los únicos que pueden levantar la voz. En las luchas sociales es muy difícil que una cadena de televisión dé la razón a los trabajadores o examine la situación, desde el punto de vista de los trabajadores. Los directores siempre tendrán un prejuicio favorable. Ellos defienden el orden, la paz, la única justicia posible y los trabajadores quieren el desorden, lo imposible, la desorganización social. Por eso la conquista de algunos derechos será una lucha constante.

Nunca podremos descansar porque ahora algunos principios generales están inscritos en los tratados y, o las leyes del país. El evangelio no promete siempre la victoria de la verdad y de la justicia. Al contrario, el ejemplo de Jesús muestra que el camino hacia la victoria pasa incluso por el martirio, la derrota, la soledad. Pero, la derrota no desanima. La esperanza cristiana es más fuerte que todas las derrotas y encuentra en el martirio un estímulo y una confirmación. No podemos ser indignos de los que han luchado hasta la muerte.

Estamos al principio de una larga marcha, porque el imperio está empezando y durará un siglo. Será una lucha de un siglo contra un poder infinitamente más poderoso. Será como la lucha de los tres jóvenes, arrojados a un horno de fuego, como lo describe el libro de Daniel, que no quisieron inclinarse ante la estatua de Nabucodonosor. La estatua de hoy es más fuerte. El imperio actual es mucho más fuerte que el imperio de Nabucodonosor. La misma fe, la misma esperanza, puede animar a esa minoría que no se inclina y sabe que al final el imperio será destruido como todos los anteriores y permanecerá la victoria de los oprimidos. La estatua de oro de Nabucodonosor desapareció. La estatua de cientos de trillones de dólares caerá también.